

Diez en conducta, cero en aplicación

Alfredo Acle Tomasini©

¿Por qué estamos acumulando más problemas de los que podemos resolver? ¿Por qué si cumplimos con las condiciones básicas del credo neoliberal — finanzas públicas en equilibrio, repliegue del Estado de la actividad económica, privatización y apertura de la economía — que en teoría nos ensartarían en los círculos virtuosos del crecimiento económico, llevamos más de una década sumidos en un desempeño mediocre? ¿Por qué si la evidencia cotidiana demuestra que las cosas no están funcionando ni siquiera nos atrevemos a pensar en rutas alternas?

Para responder a estas interrogantes, resulta útil adentrarse en los datos que sobre México contiene el Reporte Global de Competitividad que recientemente publicó el Foro Económico Mundial y donde se da cuenta que, con respecto al año pasado, descendimos seis lugares para ocupar ahora la posición 66 entre 139 naciones consideradas.

Desde luego que estar por debajo de la mitad de la tabla define la competitividad del país entre mediocre y mala. Peor aún, si consideramos que nuestra calificación muestra una tendencia al deterioro lo cual nos acerca todavía más a lo segundo.

Sin embargo, para nuestros efectos, la importancia de ese indicador no está en su valor absoluto o en la posición que ocupamos, sino en el análisis de los distintos elementos que lo integran, porque nos permiten entender cómo hemos llegado hasta aquí e identificar las razones que nos impiden salir del pantano.

Cuando se revisan los ciento once indicadores que conjuntamente determinan la competitividad del país, ordenándolos del mejor al peor valorado, la primera conclusión que se puede extraer es que pese a sacar diez en conducta hemos reprobado en aplicación.

Así, entre nuestras notas sobresalientes destacan: el equilibrio de las finanzas públicas, la presencia de inversión extranjera, la solidez de la banca, la libertad para el flujo de capitales, la calificación crediticia. Razones que explican porque nuestros funcionarios hacendarios son tan populares en la comunidad financiera internacional; mejor comportamiento imposible.

Pero, una cosa es hacer que las cuentas cuadren, otra, muy distinta, es lograr que el barco se mueva y, sobre todo, que lo haga a una velocidad que a todos les ayude a llegar a un mejor destino.

Por ello hay que mirar al otro extremo donde resaltan, como las dos caras de una misma moneda, el crimen organizado y la confiabilidad de la policía donde ocupamos los lugares 136 y 132 respectivamente.

En principio, el deterioro de la seguridad pública podría explicar la pérdida de competitividad. Sin embargo, a poca distancia de dichos indicadores, encontramos otras valoraciones muy bajas que se refieren a aspectos estructurales como son: la calidad del sistema educativo, la efectividad de

las políticas antimonopolios, las cargas regulatorias, la eficacia de los consejos de administración, el costo de los servicios financieros, la gestión profesional de las empresas, la carga tributaria y, la influencia del sistema fiscal en la inversión y el empleo.

Asimismo desmenuzar los indicadores permite observar contrastes curiosos. Por ejemplo, somos de los primeros en la matrícula de primaria, pero ocupamos los últimos lugares en cuanto a la calidad del sistema educativo. De igual manera, la banca, extranjera en su mayoría, se le considera solida, pero se juzga que los servicios que prestan merman la competitividad porque son costosos y poco accesibles, mientras que la valoración positiva del equilibrio en las finanzas públicas, no elimina la percepción de que existe desperdicio en el gasto público.

¿Qué podemos concluir?

Que no hemos sido capaces de plantear una estrategia integral para orientar el desarrollo del país; que pese a las evidencias no queremos aceptar la interconexión de los asuntos económicos, políticos y sociales; que no basta portarse bien para poder avanzar, ni la fe ciega en un recetario curará a un enfermo que se agrava; que las soluciones parciales y en adición mal planeadas y peor implantadas han creado taras que nos hacen difícil y costoso el camino.

Qué tan graves tendrán que ser nuestros problemas, para que podamos sacudirnos el conformismo que nos aletarga y entender que para construir un futuro lo primero que debemos hacer es imaginarlo, porque sólo así contaremos con una referencia para motivar un esfuerzo compartido que se traduzca en una red de proyectos coherentes que busquen el mismo fin.

La competitividad, como el desarrollo, no es producto del azar sino de un esfuerzo planeado. Qué diferentes serían las cosas si la vehemencia que hemos puesto en defender el recetario la usáramos para planear el porvenir.

alfredo@acletomasini.com.mx